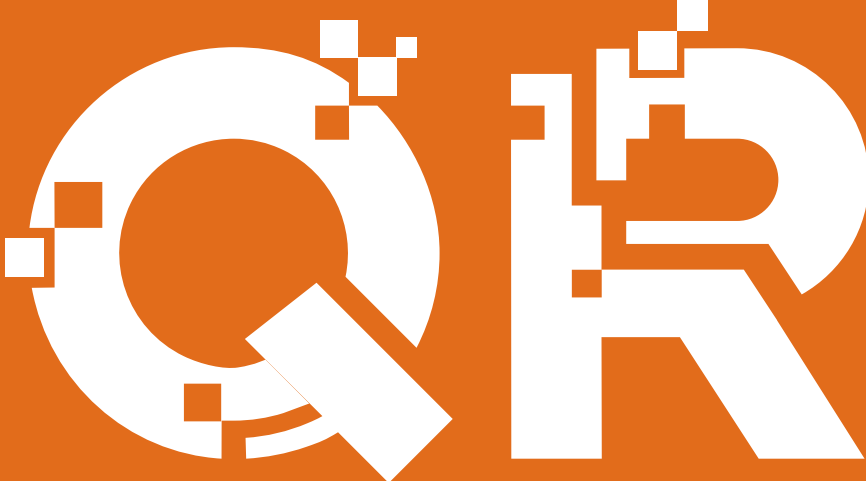




quiero relatos

Comunidad naranja

EDIBER
EDITORIAL MUNICIPAL
DE BERAZATEGUI

Prólogo

El contexto impuesto por la pandemia global que afectó nuestras vidas, nos enfrentó al desafío de desarrollar políticas públicas en un panorama de extrema incertidumbre. A pesar de esto, pudimos asumir nuestro compromiso ciudadano siendo propositivos en la gestión de acciones sociales, sanitarias y culturales para nuestras vecinas y vecinos. Nunca abandonamos el vínculo y fomentamos acciones virtuales y plataformas como **Berazategui Creativa**, para sostener el proyecto cultural que nos identifica y es parte fundamental de nuestra gestión municipal.

Poco a poco y acompañándonos, entre cuidados familiares y acuerdos sociales, estamos recuperando los ámbitos presenciales esenciales en nuestras vidas. Con alegría nos sentimos inmersos en este proceso de reconstrucción; de recobro de participación ciudadana en los espacios públicos; de reaperturas de lugares históricos e inauguraciones de nuevos como el Complejo “**La Humanitaria**” en Hudson.

En este contexto, **EdiBer**, el sello Editorial de la Municipalidad de Berazategui, continúa el compromiso de los últimos seis años en las convocatorias “Abrir la Puerta”, sosteniendo la participación y promoción colectiva de escritores y artistas visuales locales; buscando constantemente democratizar los accesos y posibilidades de los productores culturales.

EdiBer 2021, presenta “**Quiero Relatos**”, una original propuesta de encuentro en el espacio público que reúne lo presencial, lo virtual y lo colectivo en una acción. Donde sembraremos cientos de códigos QR en todo el distrito que, a través de su escaneo, llevarán a los tres capítulos de este libro digital.

La publicación reúne la selección de 31 escritores y 23 artistas visuales que relatan en textos breves e imágenes vivencias, transitorios e historias que reflejan pertenencia al territorio berazateguense.

Felicitamos y agradecemos la participación de los autores y desafiamos la búsqueda de los códigos QR de la Editorial EdiBer. Para que mediante estas nuevas costumbres y herramientas adquiridas, una vez más, podamos conocernos y reconocernos.

Juan José Mussi
Intendente Municipal de Berazategui
Federico López
Secretario de Cultura y Educación

“Quiero Relatos” Ediber 2021 está dividido en tres capítulos, cada uno con su correspondiente código de acceso y un color que lo identifica: **Figuraciones violetas**, **Memorias azules** y **Comunidad naranja**.

Las **figuraciones** hacen referencia a la imaginación, a la acción de figurar historias mágicas, absurdas o misteriosas. Los relatos reunidos en este capítulo se caracterizan por sucederse en un plano que excede la realidad material y la cotidianeidad y, por el contrario, la desafían para desplegar sus palabras en un mundo fantasioso que nos permite tanto reír como reflexionar.

Las **memorias** son relatos que contienen recuerdos, historias personales o hechos históricos en donde sus autores son protagonistas o testigos. En el transcurso de estas páginas, se experimentan diversas emociones; el orgullo por la autonomía, el horror por el período de la dictadura cívico militar, la ternura del antiguo amor, la tristeza por el desencuentro o la añoranza de viejos viajes.

La **comunidad** contiene registros de la vida cotidiana; del quehacer colectivo que es siempre transformador y del cantar de la calle con sus pibes y sus enseñanzas. También comprende los relatos que dan cuenta de lo vivido durante y después del período de aislamiento social preventivo en pandemia.

Índice onomástico

- Alejandro Martin Perez - Convocatoria con oratoria - 17**
- Alejandro Martin Perez - En la puerta de la escuela**
- Alicia Noemí Fuentes - Lunes de carnaval - 21**
- Aylén Grabiél - Bitácora callejera - 43**
- Christian Barrios - Entre Dios y el Diablo - 13**
- Claudia Gabriela Faraldo - La esquina - 9**
- Otoño dorado - 12
- Claudio Szapiel - 2021: odisea del espacio - 40**
- La esquina del infinito - 42
- Isabel Matthey Doret - Un banco rojo - 24**
- Karina Francken - Desde abajo**
- Kevin Bres - Caminó entre ustedes - 16**
- Lara Machalec - Casona - 8**
- Liliana Carlos - Lo complicado está más allá 37**
- Luciana Ruiz - Circuito - 29**
- Magali Anusch Sislian - Si pasas - 27**
- Maria Florencia Boffelli - Ese lugar que existe mientras tanto - 30**
- María Paula Matinati - Apurate que nos deja - 20**
- Mateo Nahuel Delgado - Ese lugar que existe mientras tanto - 31**
- Myrna Córdoba - El Paseo de la Plantas en San Blas - 5**
- Rosana Decoud - Mundo Interior - 46**
- Tina Bouciguez - Helado de chocolate - 34**
- La miguita de pan - 38

EL PASEO DE LA PLANTAS DE SAN BLAS

Relato verídico

Rodrigo bajó del 603 en la esquina de 128 y Milazzo para ir a su casa. Cada vez que recorría ese primer tramo de calle pasaba por una vereda que le generaba fastidio mirar, no porque estuviera mal iluminada u otra cosa, sino porque se había hecho costumbre para los vecinos arrojar basura a lo largo de sus ciento cincuenta metros.

Una de las tantas veces que costó el improvisado basural, trayecto obligatorio hasta su casa, vio que entre la mugre una plantita de un verde vivaz con un manojito de tomatitos cherri pendiendo de la punta se había abierto paso entre las bolsas negras para sacar frutos. Seguramente era el resto de alguna ensalada que sus dueños arrojaron a la basura y luego trajeron la bolsa a la vereda en cuestión. La imagen era contradictoria y le llamó la atención ver tal belleza entre las ratas y el mal olor. Sintió entonces que esa planta era una señal de la naturaleza diciendo que la vida se abre camino a pesar de las hostilidades que nos rodean, que no todos tenemos que repetir las infamias de nuestro entorno y que, tal vez, si ignoramos a los detractores que nos quitan la esperanza, podremos sacar lo que brilla dentro nuestro. En definitiva, que estar rodeados de un basural, no implica que también tengamos que ser basura.

Al siguiente sábado se arrimó a la vereda con un zapín, carretilla y bolsas de consorcio. Comenzó a limpiar, recolectar y separar. Algunos vecinos se lo quedaban mirando sin entender qué era exactamente lo que hacía, otros, en falsa solidaridad, lo “aconsejaban” con desaliento diciéndole cosas como "Al cuete estás limpiando Rodrigo, mañana te van a tirar el doble estos sucios", otros lo saludaban con un grito o alguna broma "¿Tas aburrido che? Después pasá por casa Rodri, tengo un quilombo en el patio", risas, saludos... Después... Después el Pitu se arrimó con una botella de jugo y un vaso y, mientras él metía basura inorgánica en la bolsa, éste se la sostenía con ambas manos. Cuando se fue a su casa y miró en perspectiva tuvo la sensación de que todo lo que había hecho era inútil, porque no había llegado a limpiar ni un octavo del terreno; sintió, inevitablemente, que su trabajo había sido lo mismo que sacarle un balde de agua al mar, porque no se notaba la diferencia.

Al otro sábado se batió a duelo con sus pensamientos que lo llevaban de desistir y quedarse a buscar una serie en Netflix o seguir limpiando la vereda. Sin mucho ánimo tomó la carretilla y emprendió camino. Cuando llegó vio que el Pitu lo estaba esperando con el mate listo, bizcochitos y otros dos vecinos con los guantes puestos. Su idea los había contagiado. Un volcán de alegría, que reprimió tímido, le aceleró el corazón y le hizo desplegar una sonrisa inmensa al saludarlos "Rodri ¿Esto es orgánico o no? ¡Che! ¿En qué bolsa las latas?"

Cuando el sol cayó le tocó mirar en perspectiva el terreno pero ahora acompañado. La cosa iba queriendo, el panorama era más alentador. Al tercer sábado junto a más vecinos pusieron un cartel “NO ARROJAR BASURA, ESTE ESPACIO TAMBIÉN ES TUYO”, después los banquitos de madera, después emparejar la tierra, más arbolitos y convertirlo en espacio verde recuperado, después el nombre “PASEO DE LA PLANTAS DE SAN BLAS”, después el TRUEQUE VERDE, después el taller y huerta comunitaria donde florecen más tomates, después la ceremonia del INTA otorgando semillas. Después... ¡HOY! Las ganas de seguir creciendo.

Myrna Córdoba



Casona - Lara Machalec

La esquina

Ayer fui hasta la esquina de mi casa. Todos los años le tomo una fotografía. ¡Es perfecta!

Eran las dieciocho horas más o menos, yo estaba parada debajo de mi gran sauce, y de lejos hablábamos con mi hijo Gastón que vive enfrente.

Saludé a mi vecino que se subía al auto y vi un señor que paseaba su perro con la correa. No ubiqué quién era por el barbijo que llevaba puesto. La tarde estaba hermosa, tibia. De repente dije, “¿Viste el árbol, Gastón? ¡Cada día está más lindo! Voy a sacarle una foto.”

Está justo en la esquina de la placita, es un fresno. En verano anda vestido con sus hojas verdes brillantes, tupido y lleno de pajaritos. No es muy alto y lo digo porque tampoco lo soy. Es joven aún. Mucho más joven que yo.

Los otoños lo tiñen de diferentes tonos. Marrón oscuro, primero; marrón claro con algunas hojas amarillas y luego totalmente amarillo hasta quedar dorado. ¡Verlo así es un regalo a la vista!

Caminé hasta él y, mientras buscaba el ángulo perfecto, se acercaba el señor con el perro y ahí reparé que era el vecino de la otra cuadra, el de la casa linda, que aprovechó para preguntarme si tenía abierto y si traía plantas de tomate y otras, le dije que tenía cerrado por la pandemia.

“¿Vio el árbol?” Le pregunté y miró, “¡La verdad es una belleza!” Se paró para sacar una foto y mostrarle a su señora. “¡Gracias!” Me dijo y se fue saludando con la mano.

Esa tarde todo era perfecto, el cielo cambiaba de rojizo a rosado intenso, casi fucsia, y tenía muchas pinceladas amarillas que le daban un tono aún más dorado al fresno.

Más atrás, por la otra calle, venía un chico caminando con tapaboca. ¡No lo conozco! Pero hablamos igual porque yo seguía parada en el medio de la calle mirando mi árbol. “Hola, ¡Qué lindo es!” afirmó, tomó una foto y siguió.

¡Hay que andar atento para verlo así, como hoy! Porque rápidamente después del dorado comienza a desvestirse y en pocos días queda desnudo hasta la primavera.

El sol comenzaba a dar paso a la noche y yo seguía mirándolo, ahora desde mi casa. ¡Me sentí feliz! Las noticias en la radio y en la tele de la pandemia no eran lindas y yo temía desde el comienzo por mi hija que vive en España. Parece mentira que los colores del fresno y del cielo hayan cambiado mi día favorablemente.

Me gustó charlar con mi hijo, aunque sea de lejos. ¡Ver gente! Porque para ser sincera, por temor, ni los mandados hacía.

¡Cómo me gusta el otoño! Es mi estación preferida y en tiempos normales andaríamos con Faby haciendo algún

paseo, él con su cámara y yo con el celular, fotografando los distintos tonos que nos ofrece la naturaleza, mate amargo, unos CD, la ruta y listo. Plan de felicidad completa.

No importa, me digo a mí misma, ya va a pasar todo esto. Y se me humedecen los ojos porque ya extraño a mis nietos. “Ya va a pasar, Claudia”, me vuelvo a decir. Y miro otra vez mi fresno dorado y el cielo. Y sonrío con esperanza.

Claudia Gabriela Faraldo



Otoño dorado - Claudia Gabriela Faraldo

Entre Dios y el Diablo

Dos de la tarde, los pibes logran juntarse, la pelota será la que hable, se juega por quién es el más respetable. Varios pintas, tatuajes vintages, cervezas y mucha tinta, churro y minitas. Por pasajes se mueven, mirada de nueve, talentos que no salen en la tele, clubes que no los sacaron de la calle. Barrio contra barrio, los dos bien precario, así se manejan las cosas en el vecindario, cuando hay bronca se pone horario. Mirada de tigre, sorpresivo, sublime, no hay quién los lastime, facas por si la cosa lo amerite. Entran en rejas desgastadas, del colegio no queda nada, un patio de recreo sirve para la jugada. Cuatros gomonas hacen de arco, se deciden los titulares y los que van al banco, generalmente afuera los mancos, que estén preparados por si empieza el atraco. Partido picante, había que tener aguante, patadas más que remates, pelear hasta matarse. Cada uno trajo su banda, los perros que más ladran, agitando todas las jugadas, gritando goles que enfadan. Todavía no estaban a mano, ida y vuelta parecían un tornado, un espartano, sin muchas reglas como un tirano, trabe si quiere ganar hermano. El 4-4 fue suficiente para perder la cordura, piedras que te sepultan, palos que rebotan, piernas que detonan, piñas que ahogan. Ojos violetas, pelean los reyes de la selva, se crean combos metralleta, los cuerpos limpian el polvo como sirvientas. Remeras desgarradas, ataque y retiradas, el centro era lo que se anhelaba, nadie estaba dispuesto a hacer jugadas arriesgadas. Una gorra de botín, cadenas

que se quedaron ahí, ahora las zapatillas le pertenecen al King, capturaron dinero para el festín, a ellos no le da la nafta para recuperar las cosas ni con rivotril.

Perdidos cuando percibieron el azul y rojo, se dispersan los monos, sortean rejas y paredes de cualquier modo, llegaron los de chapa en cromo. Ortiva el agente, ganas de rayar con piedras al truyero vigilante, esos putos no tienen aguante. Había que poner en la balanza, si corrían o creaban la Franja de Gaza, en ruedas seguro los cazan, no queda otra que calentar la salsa. Si no peleaban iban rumbo a la comisaría, le mandaron cumbia, porras que dolían, sin moretones pero con sangre y heridas. Patadas con botas, Nikes rotas, reventada la trompa, rojo que brota. Entre ellos y los pibes nueve milímetros hay, se parla bajo llegó la ley, vestidos de cristo rey, los señalaron con el dedo a los seis. Primavera de fuego, menores al suelo, quieren sus números, superhéroe único, juzgan como Jesucristo, ¡cierren el culo o nos gatilla el milico! Juegan con la impunidad en su constitución creada, te cortan las alas, dicen que vienen del cielo y del reino del barba, Dios les dio un chaleco, un fierro y banda de balas. Caminaban mientras te tumbeaban, pegaban cuando querían levantar la mirada, vociferaban mientras los dedos pisaban. El gordo que tenía la placa en las tetas, dio la orden a los analfabetas, piernas abiertas para apoyarlos con la bragueta. Padrastros abusivos, buscaban al pez gordo del distrito, mudos los chamaquitos, preso antes que sapo o loro amén por el gauchito. Arriba la vagancia, a todo ritmo y sustancia,

se tragaron la espuma y la rabia, mientras los boludeaban. Cincuenta flexiones, cincuenta abdominales, cincuenta espinales. Boleo en el orto. Al patrullero todos, mientras se reían los monstruos, presos por portación de rostro.

El diablo está en el guetto y hay cabida, sale a pasear con Dios de jarana y todo muere acá.

Christian Nahuel Barrios



Convocatoria con oratoria

Somos lo que podemos y no caemos. Tampoco creemos, pero sí, podemos. Por ser distintos no estamos extintos. Nos quieren hacer creer desde la historia que somos escoria, pero tenemos memoria y mucha euforia.

Por eso yo te digo hermano desde acá adentro en el llano, dejemos de ser el desencuentro, seamos el epicentro en un nuevo reencuentro. Que en la unión esté la fuerza y el resto se retuerza.

Salgamos sin vergüenza a pesar de la influenza a revelar que podemos desnivelar. Consolidemos esta alianza con confianza y sin fianza. Los dos salimos, nos escabullimos y cumplimos nuestro propósito, siempre superior, está en nuestro interior y la lucha en el exterior.

Ellos nos quieren callados, acuartelados, dominados, arrodillados, humillados, desmantelados y hasta encarcelados. Por eso vengo con esta propuesta y sin encuesta, vamos a darle al cobarde y deslindarle nuestro futuro con apuro. Vecino seamos precisos y no indecisos. Juntos y sin contrapuntos, nunca difuntos.

Yo te arengo, no me dejes rengo. Somos de barrio con mucho arraigo. Ellos se olvidaron, se comieron el cuento de la meritocracia y ahora se creen aristocracia. Meta burocracia y desgracia, nosotros socialdemocracia. Ellos con su dedocracia, nosotros pura desgracia.

Estamos cansados, ellos aburguesados, nosotros sobrepasados, ellos en asados, nosotros descamisados, ellos recompensados, nosotros usados, ellos endiosados y envasados, nosotros devastados y colapsados.

Entonces vayamos a contarle y recordarle que existimos y subsistimos. Digámosle que somos gente decente, nunca pelela y aunque poco lea mucha pelea.

No quiero morir sin intentarlo, vamos a disfrutarlo, aunque el destino se ponga austero y forastero nosotros inexpertos sembrando huertos, despiertos, descubiertos y hasta inciertos, pero nunca muertos.

Flow no vayas en slow, tenemos salida sin escabullida, vamos a ponerle el pecho sin despecho, salgamos a la calle y que todo estalle. El poder es nuestro menester. Yuxtapuestos y siempre predispuestos. Puestos. Nunca maldispuestos ni indispuestos.

Es el momento. Con temperamento en aumento, sin complemento, pero con mucho tormento vamos a demostrar que, sin azar y con gran ilustrar, nuestro destino no está escrito. Somos artífices del final sin animal.

De nosotros depende y no se suspende. Vamos a dar vuelta a la ruleta, no hay chance de andar en muleta. Sabemos lo que queremos, aunque nos embriaguemos,

empastillemos y fumemos.

Allá vamos, somos dueños de nuestro destino y no es clandestino. Salgamos a buscar lo que nos corresponde maestro, sumate, no seas siniestro, tampoco me cabe el padrenuestro, pero juntos, sin contrapuntos y en conjunto podemos.

Venceremos al que aborrecemos y nos usa para su disputa. Tomaremos el control con descontrol. Demos vuelta esta historia no resuelta. Quedaremos en la memoria con nuestra oratoria. Ya nunca más escoria desde ahora y para siempre victoria.

Alejandro Martin Perez



Apurate que nos deja - María Paula Matinati

Lunes de carnaval

La comparsa “Los corazones naranjas” ensayaba en la plaza, cerca de la casa de Manuel. Los tambores y redoblantes se escuchaban cerca y lejos, dependiendo de la dirección del viento. Regina bailaba ahí. Él había ido a verla. El corazón se le salía del pecho cada vez que, entre el brillo de los trajes y las plumas flotando en el aire, podía ver su sonrisa que imaginaba dedicada para él.

A la tardecita Manuel se paraba detrás del cartel municipal que promocionaba el carnaval: Sábado 15, Domingo 16, Lunes 17 y Martes 18 de Febrero, los invitamos a festejar el carnaval en los Museos de nuestra ciudad. El Municipio pondrá colectivos gratuitos para que los vecinos puedan participar de las actividades en todos los museos. Se acercaban las fechas y todavía no sabía qué le iba a decir, cómo le iba a explicar que estaba enamorado de ella desde las cuatro de la tarde de ese jueves de abril que la tuvo enfrente por dos segundos, cuando ella salía del aula de la escuela de música donde él tenía que entrar. Tenía que organizar un plan para invitarla a salir.

El carnaval en los museos le pareció una gran idea. Pensó en ir a cada uno en donde se presentaran “Los corazones naranjas”, aprovechando que los traslados serían gratuitos. Eso le permitiría guardar algo de plata para un café o una gaseosa, por si Regina le decía que sí.

El sábado 15 a la mañana fue al Museo de Historia Regional, pidió un programa de las actividades del carnaval y se fijó únicamente en el día y horario en el que desfilaba Regina. El lunes 17 sería su día de la suerte. A las 9 de la noche estaría en el primer museo, a las 10 y media en el segundo y a las 12, en el último. Dobló el programa y se lo guardó en el portadocumento. El fin de semana se haría eterno.

La noche estaba hermosa. Se vistió con un pantalón negro y una camisa a cuadros verde y gris y se fue caminando al primer museo. Llegó veinte minutos antes de las 9, había muchas personas bailando y cantando debajo de las luces de colores. El olor de la carne asada le llegaba como una invitación, pero no quería gastar plata antes de tiempo, aunque ya tenía un poco de hambre. El presentador anunciaba la llegada de “Los corazones naranjas” y el sonido de los tambores y redoblantes que tanto conocía, se acercaba cada vez más. A Manuel le parecía que había el doble de gente en la comparsa, no lograba ver a Regina. Había mucho despliegue de trajes, de brillo, de bailarines, mucho más de lo que había visto en la plaza. Sus ojos recorrían el desfile, pero los integrantes se agrupaban y saltaban y no le permitían ver bien. Hasta que la vio y se paralizó, no pudo ni levantar la mano para saludarla. Sólo la miraba esperando una mirada de vuelta. En ese momento supo que nunca le iba a poder decir lo que sentía, mucho menos invitarla a tomar algo. Sacó la plata que había guardado y se compró un choripán. Mientras comía, sacó del

portadocumento el programa del carnaval, lo arrugó y lo tiró al tacho de basura junto con la servilleta de papel. No iba a ir a los otros museos. ¿Para qué? Si no iba a poder decirle ni una palabra a Regina.

Se fue del lugar, despacio, dándole la espalda a los festejos. En eso siente que alguien le toca el hombro y le pregunta, “¿Ya te vas?”

Alicia Fuentes

Un banco rojo

Cada vez que el doctor Altieri pasaba por el playón de la Municipalidad se detenía unos minutos frente al banco rojo con venecitas ubicado junto al cajero automático. Lo conmovía la frase que ostentaba: “En Memoria de todas las mujeres asesinadas por quienes decían amarlas”. Aquella fría y nubosa tarde alguien interrumpió su ritual.

–¿Dr. Altieri?¿Me recuerda? Emilio Rossi.

–¡Rossi! ¡Qué sorpresa! ¿Cuántos años pasaron?

–Muchos. En su momento no tuve oportunidad de agradecerle todo lo que usted hizo por mí pero aprovecho este encuentro casual para hacerlo, estimado doctor.

–Nada que agradecer hombre. Sobre usted pesaba una acusación falsa, era mi deber defenderlo pero cuénteme ¿qué es de su vida?

–Después de aquel infausto suceso, viajé a Italia, la tierra de mis ancestros. Al cabo de seis largos años obtuve la radicación. Tengo un pequeño comercio y retomé mis estudios de piano y dirección orquestal. Siempre fui un apasionado de la música clásica. Actualmente me tomé unos días para venir a visitar a mi hermana y mis sobrinos pero mañana regreso.

–¡Maravilloso! ¡Me alegro mucho!

El trece de agosto del año dos mil ocho un brutal asesinato conmocionó a la ciudad.

Aquella mañana, el cuerpo de Marisol R. apareció tendido boca abajo en medio de un charco de sangre, en el patio de su casa

de la calle once. Fue divisado por una vecina que tendía ropa en la terraza.

La autopsia reveló que la muerte ocurrió entre las tres y las seis A.M. del miércoles trece de agosto de dos mil ocho. El cuerpo presentaba fuertes golpes en la cabeza efectuados antes de ser arrojado inconsciente desde el balcón ubicado a dos metros y medio de altura.

La investigación parecía no tener rumbo. En principio, se centró en la vida privada de la víctima. Marisol R. de treinta y cinco años, soltera, era personal trainer y vivía sola en una vivienda que alquilaba desde hacía cinco años.

Según sus vecinos era “una chica muy liberal” porque usaba vestimenta provocativa, su casa era frecuentada por gente rara, ponía música estridente todo el día y salía casi todas las noches.

Fueron indagados sus amigos, familiares, vecinos y ex parejas sin resultados positivos. Hasta que el 3 de octubre de dos mil ocho fue detenido Emilio Rossi provocando estupor e indignación en el vecindario.

Emilio Rossi, de cincuenta años de edad, soltero, empleado del Banco Provincia, era un ciudadano ejemplar, culto y solidario. Ordenado y pulcro hasta el paroxismo. Vivía frente a la casa de Marisol.

La joven lo respetaba y admiraba. Sabía que podía contar con él en forma incondicional. Siempre la sacaba de apuros, tanto

haciendo algún arreglo en el hogar como llevándola en su auto si llegaba tarde al trabajo. Era su vecino de confianza, motivo por el cual le entregó una copia de la llave de su casa.

Ésa llave más los mensajes de texto que había intercambiado con la víctima motivaron la detención.

Compañeros de trabajo y vecinos organizaron múltiples marchas proclamando la inocencia de Emilio, quien tras un año de detención fue sobreseído por falta de pruebas.

–Vea Rossi, a pesar de la satisfacción que siento por su liberación aún hoy me aflige saber que el homicidio de ésa muchacha prescribió quedando impune.

–Descuide doctor. Su muerte fue consecuencia de la vida licenciosa que llevaba, yendo de fiesta en fiesta y de exceso en exceso. Como decía mi santa madre “Quien mal anda mal acaba.”

Se despidió con palabras ampulosas y se alejó.

–Adiós Rossi– murmuró el doctor Altieri desplomándose en el banco rojo.

Isabel Matthey Doret

Si pasás

Vas a oler el vidrio.

En Berazategui hay olor a vidrio y a asfalto conurbano. Vas a oler naranja. Vas a oler la fila para sacar el registro. Vas a oler la fuente de chocolate de la feria del libro; la voz afinada de la locutora. Las hojas despegarse. La alfombra aguantar. Vas a oler los mates de cerámica de las colectividades, ponchos y lanas manoseadas en estantes. Alfileres y botones en repisas. Sacacorchos. Ceniceros. Vas a oler artesanos.

Vas a oler las manos de los bonaerenses que saludan desde el micro. Vas a oler las inscripciones de cultura agotadas. Vas a oler lenguaje. Vas a oler la 14. Los descuentos y la inflación. Las manos con bolsas de regalo entre los dedos. La noche de los descuentos. La fila del banco y los negocios nuevos, los fundidos. Los emprendimientos online. Vas a oler polenta y caviar.

Vas a oler alfabetización. Vas a oler grafito y mármol. A los artistas y perros callejeros. A los malabaristas. Vas a oler el traje del minion de la 21 y los cuerpos que buscan departamento. Vas a oler los ojos de Richard y de Naftita.

Vas a oler golf. Vas a oler a los ciclistas que van de una punta a la otra. Vas a oler el árbol de cristal, el ronquido constante de la Mitre y la caída de la bocha de tejo en la

tierra. Vas a oler las bocas de los alumnos en los talleres. Los murales, los cuentos. Cerámica tibia. La pintura húmeda del centro. La tiza de los jardines. El BeraRock. Los autos viejos. Las ramas de Pereyra. Vas a oler el cementerio. Los geriátricos y las escuelas.

Vas a oler la cámara profesional que filma en tu ciudad. Vas a oler el himno en las primarias y la paloma en la bandera. Vas a oler guardapolvos manchados de membrillo y corbatas de plata. Vas a oler el humo denso, la fábrica de galletitas.

Vas a oler al caballo con luces en Ducilo. Vas a oler la MAE. A los actores. Los pochoclos. Vas a oler los pasos de tus vecinos. Vas a oler las vacunas que llegaron corriendo. Vas a oler los bebés que nacen en la guardia. Vas a oler el vidrio.

Magali Anusch Sislian

3:22



Ese lugar que existe mientras tanto

Cuando el silencio oprime, Inés busca en la parada del 619. A veces espera. Dos, tres horas, con el sol en la cara. Si hay viento estira la mano y viaja.

Como los finales la angustian, busca motivos para bajar antes de la terminal: le parece que la estación suelta música o que la renovada grisedad del arroyo es oportunidad de jugar a la lupa.

Para ahuyentar la muerte silba tangos con Naftita; zapatea vidas con la pesadora y otras deidades.

Vaga entre calles imposibles que resisten la lógica numérica. Mide el tiempo en términos de fatiga ocular.

Vuelve a una casa que reconoce pero experimenta nueva. Deja las botas en la puerta, calienta la pava, estudia la habitación. Sabe que la extrañeza dura uno o dos días.

El vidrio se empaña de colores; las hojas de los árboles son mosaicos, los troncos una exposición de cerámica.

Amasa el pan entre el castillo de Pereyra Iraola y las vías del Roca.

De Vincenzo aconseja precalentar el horno. San Martín, con mirada altiva, sugiere considerar los efectos de la factura de gas en su economía.

Inés opina que así como el horno, el movimiento, el arte, hay lujos que son derechos de primera necesidad.

Maria Florencia Boffelli



Ese lugar que existe mientras tanto - Mateo Nahuel Delgado

En la puerta de la escuela

Lo había contado toda la semana, un día a uno, un día a otro, y de esa manera ya se había encargado de que todo el grado lo supiera. No por querer aparentar, siquiera por tener la necesidad de presumir sino por amor. Amor puro, amor del que solo saben los que la vivieron.

Ese viernes se hizo eterno, imposible mantener la atención en la tabla del 4. Después, el recreo, y en la cola del quiosco se le acerca uno de 5to y le advierte que a la salida lo iban a estar observando. Es que había levantado una expectativa tal que trascendía el propio curso. No sintió en absoluto la presión de la mirada de alguien mayor que él, pero sí la ansiedad.

En la segunda mitad no pudo analizar ni dos de las cinco oraciones que había alcanzado a copiar del pizarrón. Sujeto, verbo y predicado quedarían para la tarde del domingo. Hoy lo importante era que se acercaba cada vez más la hora.

La maestra indica que a guardar y a ordenar. Todo adentro de la mochila, así nomás. A formar al patio. Mientras todos recitaban el saludo él ya no aguantaba más, le temblaban las piernitas, le sudaban las manos y ese reflejo de morderse la piel del labio inferior no cesaba.

Comenzó la procesión. Primero los más chiquitos, ahí fue primer grado, le siguió segundo y ya le tocó a tercero.

Mientras caminaba por ese pasillo que daba a la puerta de salida empezó a estirar el cuello, primero para los costados y después por arriba. No veía nada.

Una vez en la vereda, donde el panorama era más amplio pero también abrumador por la cantidad de adultos, se vieron. Digo se vieron porque fue mutuo, no es que uno vio primero al otro. No. Se vieron juntos. Esa mirada cómplice unida por un hilo imaginario; esa contemplación mutua que existe hasta el abrazo más profundo; ese apretón que te llevas hasta la eternidad, cuando fundís tu cara en ese pelito enrulado.

Es el estrujón que jamás vas a olvidar, el instante en que sentís ese perfume y sabes que nada malo te va suceder. El roce de sus manos calentitas en tu cara, y las tuyas tocando ese saquito de lana que te pincha y te pica pero que no quieres soltar porque vino la abuela a buscarte a la puerta de la escuela y te sentís único, agraciado y feliz.

Alejandro Martin Perez

HELADO DE CHOCOLATE

Soy psicóloga. Me las doy de leer gestos, palabras y palabras escondidas detrás de las palabras. El Covid me transformó en analfabeta. Estoy desarmada frente a estos extraños impenetrables. Solo me quedan las miradas... Opacas, grises, todas idénticas. El barbijo se devoró el resto. No los reconozco y no me reconozco.

He sido una "disfrutadora" de la vida. O aún lo soy, ¿quiénes seremos cuando todo esto pase?

Siempre amé el sol, el arte, la noche, la música, los pájaros y en especial, todo lo que entre en la categoría de "rico".

Me embelesa una mariposa cuando la veo. Digamos, una vez por semana, por mes... ¡No sé! Ahora, ¿cada cuánto tengo cerca una mariposa? En cambio, el placer por la comida... ¿será que el deseo cruzó el Atlántico de la mano del habla hispana?

Mi raigambre latina, con el sentimiento grabado en el ADN, siempre encuentra motivo para un buen plato y un buen vino. Porque: "se fue, volvió, encontré, perdí, lo vi con otra, me vio con otro, porque es Navidad o un cumpleaños", a todo le cabe un plato ardiente y una copa generosa o dos.

La pandemia nos cambió. Un hombre no es solo un cuerpo. Somos nuestras costumbres, nuestra manera de vivir la vida con otros. Ahora estamos en una burbuja y desinfectados, pero a fuerza de antibacterial, tenemos el alma descolorida.

Me gusta escribir historias. Por esta razón, para resumir mi pensamiento, me propuse exorcizar el virus con una sonrisa. He aquí mi relato:

SALUD MENTAL. TERAPIA BREVE

El acontecimiento del día fue salir de compras. Sin ganas de comer, perdí el entusiasmo por cocinar. Caminé por la 14 hasta ese supermercado chico que me hace sentir segura, porque es abarcable con una rociada de alcohol al 70. Deambulé entre las góndolas buscando alimentos ricos en

proteínas, hierro y aminoácidos, para mantener altas las defensas. Salí con lechugas, naranjas y un arroz pálido de tanto encierro. En la puerta miré mi bolsa. En alguna parte de esta cuarentena, había perdido la imaginación, ¿lechugas con arroz?

Hablar de 2021 es tocar la tristeza con la mano. La auto compasión se convirtió en un deporte olímpico y hay millones de personas sobre entrenadas en el mundo entero.

Empecé a caminar hacia Mitre sin ganas de volver, pero tampoco de quedarme.

Ya desde lejos vi un cartel en el puesto de diarios abandonado:

“Salud Mental. Tratamiento breve”

Respetando la distancia social, me puse en la fila que llegaba al puesto, daba la vuelta y salía por el otro lado: las personas brillaban con otra expresión. El cambio me llenaba de esperanza. ¡Esas miradas! Eran alegres, diferentes, luminosas.

Desesperaba por llegar a recibir mi milagro. ¿Habría un mago? ¿Un regalo? ¿Una droga? Luego de cuatrocientos días de encierro con recreos, yo estaba decidida a probar cualquier cosa.

Por fin llegué.

Había un espejo cualquier y un papel con instrucciones.

1. Bájese el barbijo.

2. Mírese en el espejo y sonría.

3. Ahora súbase el barbijo y déjese de joder, que todavía falta mucho.

Volviendo a casa con las lechugas, mis emociones se arremolinaron y pasé del espanto a la pasión. Con todos los cuidados, me senté en la pizzería y comí la pizza más rica del mundo con la cerveza más helada del universo. Hice la lista del mercado para el día siguiente: almendras, frutillas, helado de chocolate...

Creo en la virtud terapéutica de las palabras. Mi cuento fue un bálsamo para mi propia tristeza y plantó una sonrisa oceánica debajo de mi barbijo. Sé cuidarme del Covid, pero el miedo me estaba enfermando el alma.

Tina Bouciguez



Lo complicado está más allá - Liliana Carlos

LA MIGUITA DE PAN

Pandemia Covid: la vida se puso cabeza para abajo.

Sé que quizá esté exagerando, pero me cuesta salir. El alcohol y el barbijo me protegen del virus, pero hay menos gente en la calle y una mujer sola es candidata al manotazo.

Aquella mañana, el sol fue un anzuelo irresistible. Empecé a caminar despacio hacia la feria de la 14 frente a los bomberos. Me encanta ver a los productores vendiendo frutas y verduras frescas. Compré lo que necesitaba y un pan caliente que vendía una abuela; los bollos tentadores esperaban en una canasta tapados con un paño blanco como su pelo. Todavía escucho el crujir de la corteza y siento la miga esponjosa y tibia entre los dedos. Solo me faltaba manteca para untar y una lluvia de azúcar para volar a mi infancia sin escalas.

En un impulso de coraje, tomé por la callecita del costado de la vía. Como una profecía auto cumplida, me encaró un muchachito:

– ¡Arriba las manos!

No tengo suerte. Por una vez que me asaltan, me vengo a encontrar con este estúpido que dice “arriba las manos” como si estuviéramos en una película de vaqueros.

– ¿En serio querés que levante las manos? No te voy a poder dar nada...

- Vacía los bolsillos.
- No.
- Vacíalos que te quemo.

Por alguna cuestión inexplicable, en situaciones límite me hago la graciosa:

- Flaco, “¿te quemo?” ¿Vos ves muchas series? Tomá el reloj.
- Dame lo que tenés en el bolsillo.
- No. Tomá la cadena, la pulsera y nada más.

El flaco se acercó y me puso el revolver entre los ojos. Confieso que me dio cosita.

Me clavó los ojos y dijo:

- ¿Qué tenés en el bolsillo que vale tanto?
- Te lo voy a mostrar. Mientras caminaba, hice una flor con una miguita de pan. ¿La ves?

Con cara de asco me dijo:

- ¿Por esa porquería tanta historia?

Lo miré largamente:

- ¿Ves? Si te la llevás vos, es basura, si me la quedo yo, es una flor.

Tina Bouciguez

2021: odisea del espacio

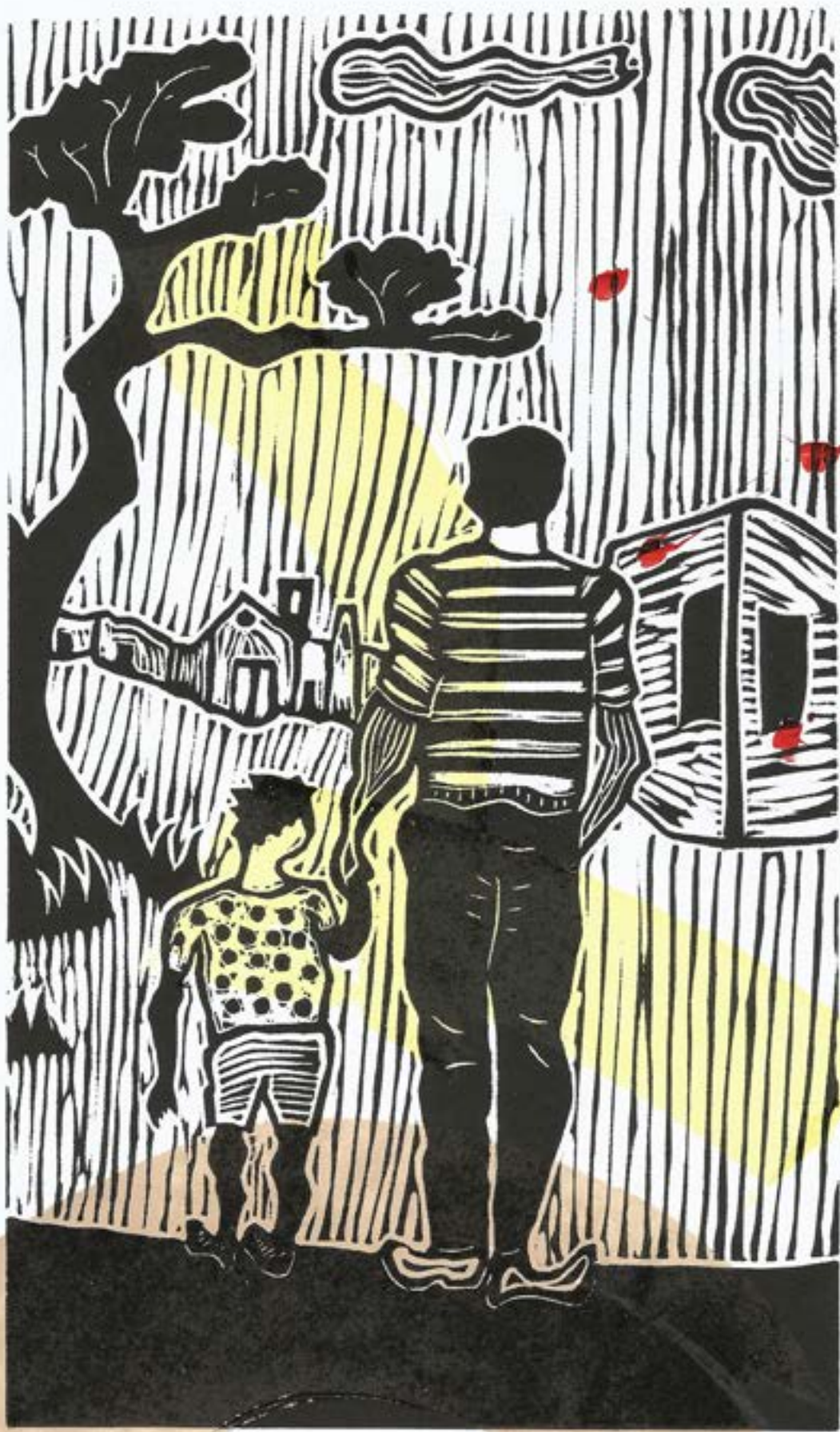
A ver esos deditos, saturación de oxígeno correcta, todos sin síntomas aparentes, bien, estamos listos, al exterior, por fin. Ansiosos, nerviosos, temerosos y a la vez felices, ¿cómo estará la cosa allá afuera? Miedo a respirar tranquilos, es algo difícil de describir, pero esto ya no se aguanta más, hay que animarse. Será una salida corta, un par de horas nada más, pero después de tanto tiempo encerrados, esas dos horas lo serán todo.

Mantita, mate, rociadores, barbijos y listo, creo que estamos bien. Me tiembla la mano de la emoción, no puedo embocar la llave para abrir la puerta. Salimos a la calle, no hay un alma, respiramos hondo, como si el aire fuera distinto al de nuestro patio. Iremos caminando, son solo diez cuadras hasta la plaza y el bondi capaz ni nos para, con eso del distanciamiento social se llenan enseguida.

En pocos minutos llegamos, no era como esperaba, como soñé que sería esa primera salida. Era la Bristol la segunda de enero, no sabés dónde poner la sombrilla. Después de un rato encontramos un lugarcito tranquilo con pastito y bajo un gran árbol de magnolia. Hacía frío, mucho frío, pero había sol, mucho sol, eso reconforta el cuerpo y el alma. La estábamos pasando bien y disfrutando de nuestro pedacito de plaza, cuando de repente aparecieron ellos.

Como dice la Fabi Cantilo, nada es para siempre. Un grupito de chicos pelota en mano venían directo hacia nosotros. Diez metros, ocho, seis, cuatro. Los nenes y yo pusimos los dedos en los gatillos, les dijimos que no se acercaran más. Tres dos uno. Disparamos. Los pibes retrocedieron, se fueron bañados en alcohol. Reímos. El General, subido a su caballo de bronce, nos observaba desde lo alto, en silencio creo que también sonrió. Nos sentamos y volvimos a disfrutar de nuestro pedacito de plaza.

Claudio Szapiel



La esquina del infinito - Claudio Szapiel

Bitácora callejera

Un grito desesperado hace que todos recorramos las mismas calles diciendo: intentamos estar bien.

Se supone que es sábado, pero lo sentí distinto porque no vi gente abrazándose. No vi tantas personas corriendo de un lado para el otro buscando un almacén abierto en la 14. Esa inocencia de creer que a último momento no va haber nadie y te encuentras hasta con el carnicero.

Carteles empapelando para advertir, para cuidarnos y guiar a quienes todavía no creen en la magia de la distancia.

Es domingo y me levanté pensando en los que están más escondidos en su casa, por miedo, o en su negocio, por necesidad. Pienso en las vidrieras desoladas. Esas que están sobre las calles paralelas que todos evitan. Las que se enfrían porque el sol nunca las toca, las que nunca tuvieron la suficiente atracción para ser observadas.

Carteles sin sentido, colores perdiendo su esencia y liquidaciones para poder pagar el alquiler antes de dar el último manotazo de ahogado en el intento de seguir en pie.

Camino derecho, siguiendo la huella de los espacios vacíos. Voy a dar la vuelta para no perder de vista la esperanza de los que necesitan resurgir.

Algunos vuelven a prender las luces y otros están iluminando las nubes.

El desorden y el caos colman la paciencia de los autos que por la avenida más concurrida, vuelan el tiempo del semáforo.

Los policías del edificio anaranjado ya no pueden jugar a divisar conocidos en la esquina corazón de café, pero al menos el olor amarronado se trasladó a la estación de tren y me tranquiliza saber que ahora encontró un nuevo rincón para perfumar.

Es lunes, momento de abrir la realidad. Algunos vuelven a subir las persianas y otros ni siquiera van a poder alzarlas para ver lo que se siente volver a la normalidad.

Recorro las veredas más transitadas. Las vidrieras se vuelven a llenar de brillo al vernos pasar con más frecuencia, aún sabiendo que la próxima semana podemos ser capturados por la imbecilidad de quien nos traiga al enemigo.

Es martes. Corre la noticia de que el bingo nuevamente va a iluminar el escenario circular, pero la rapidez hace que el detalle de los maniquíes no importe. La ligereza va matando la pasión de ir pispeando los escaparates.

Los negocios envidian a los bancos abarrotados de gente, pareciera que el dinero se les escapa frente a sus puertas.

Las miradas toman protagonismo y ayudan a decorar un poco los lugares vacantes. Ahora el lenguaje callejero se mide por la cantidad de pies que pisaron la misma baldosa en un día.

Es miércoles y las calles saben que entre hoy y mañana llega el anuncio a despistarlas, pero no les importa mientras alguien las siga frecuentando.

Mucha gente tomando café, muchos chicos comiendo papas fritas. Recién es mitad de semana. A veces se vuelve increíble si no revisamos un calendario.

Sigo dando vueltas sobre las mismas arterias de mi ciudad. Ya es jueves y Roberto sonríe cada vez que alguien va a sacarse una foto con él. Los señores levantan sus bastones, imitándolo. Sabe que la gente está un poco más tranquila cuando salen del gimnasio con su cartoncito.

El viernes ya no es tan viernes cuando todos los días son iguales, pero San Martín sigue mirando hacia delante porque no pierde la fe de que en algún momento podamos reunirnos a admirarlo.

Llegó el sábado de nuevo, llegó la selección para hacernos felices por unos días. Un gol que se escuchó en todo el mundo, voces que sacaron la bronca contenida desde hace tiempo.

Un grito ensordecedor provocó que todos nos encontremos por un rato en los mismos lugares para vernos por fin la cara y de una vez decir: estamos bien.

Aylén Grabiél



Mundo Interior - Rosana Decoud

Edición EdiBer
Complejo Municipal El Patio

Área Industrias Creativas
Calle 149 e/ 15 y 15A (1884) Berazategui
Buenos Aires, Argentina.
ediber@culturaberazategui.gov.ar
Tel. 4216-6190

Título original: Quiero relatos
© Editorial Municipal de Berazategui, 2021

Responsable editorial
Federico López

Dirección Gral. de Patrimonio y Políticas de Identidad
Liliana Porfiri

Directora del área de Industrias Creativas
Verónica Lopert

Asesor editorial
Juan Bertola

Compilación
Celeste Scalise

Diseño
Juliana Sartori

Hecho el depósito que marca la ley N° 11723
Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro digital sin citar la fuente y la expresa autorización de la editorial.
Este eBook se presentó durante el mes de octubre de 2020 en Berazategui, Buenos Aires, Argentina.

Quiero relatos / Cintia Elisa Periz ... [et al.] ; compilación de Verónica Lopert. -
1a ed. - Berazategui : EdiBer - Editorial Municipal de Berazategui, 2021.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-3983-14-6

1. Narrativa Argentina. 2. Relatos. 3. Ilustración Gráfica. I. Periz, Cintia Elisa. II. Lopert, Verónica, comp.
CDD A863

